

Tampoco ayuda a la salud de los habitantes del reino la escasa higiene con la que viven. Y esto lo sé porque de los judíos algo he aprendido, aunque no lo diga muy alto, y una de estas cosas es que la limpieza no sólo no es mala, sino que es necesaria... Como ya le indiqué, no existe el cuarto de baño en las casas, y se deduce fácilmente que el acto del baño no es demasiado apreciado. Las calles son puro desperdicio y en ellas se encuentran montañas de basura de todo tipo, incluso animales muertos. Resulta de hecho sorprendente la habilidad con la que algunos sortean estos obstáculos y los desperdicios caídos desde las ventanas al grito de "¡agua va!" con los que la gente se libera de la porquería de sus casas y la comparte con todos. Es costumbre también para la gente orinar en cualquier esquina. Algunos propietarios de casas sufren las continuas meadas y, para evitarlo, ponen en sus puertas cruces. Me contaron sin embargo la anécdota del sátiro Francisco de Quevedo, que a pesar de la cruz puesta en su lugar de meada habitual, siguió a lo suyo. Encontró un día un cartel que indicaba "Dónde hay cruces no se mea". A lo que ingeniosamente respondió, "Dónde se mea, no se ponen cruces".

La importancia de aparentar

Algo le comenté ya sobre la importancia que dan los españoles a la apariencia. Ningún noble, o pretendido noble, que de estos hay muchos, quiere pasar por plebeyo, aunque haya muchos de dineros escasos y hambres ciertas. Y nada mejor para distinguirse a simple vista que una vestimenta adecuada a la calidad del sujeto.

Poco tiene que decir la vestimenta del pobre, que poco más que se cubre con lo justo para no ir desnudo y evitar el frío o el calor en la medida de lo posible. Colores adecuados para el campo y pasar desapercibido, que no están

hechas las sedas para pasear entre el trigo. Por las noches se quitan el calzón y la camisola les sirve para dormir. Como puede imaginar, es mucho más historiada la vestimenta del noble. Visten los hombres calzón hasta la rodilla y jubón, sombrero y capa, que puede ser muy útil en algún que otro lance en el que medie la filosa. Claro que si se esperan estas situaciones, mejor será guarecerse bajo un colete de cuero que evite la sangría en la medida de lo posible. No deben faltar unas buenas botas altas, que andar entre la inmundicia de las calles no es precisamente gustoso cuando se visten alpargatas o se va descalzo, como les ocurre a muchos. Y desde luego, debe adornarse el rostro con bigote y perilla, si se es hombre de verdad y no un imberbe jovenzuelo.

El bello sexo se dedica a complacerse a sí mismo, pues no tienen mucho más que hacer. Por ello se maquillan abundantemente, blanqueando la piel de su rostro, manos y escote, más que generoso, para luego pintarse las cejas y resaltar algunas zonas con colorate. También blanquean el pelo con lejía, que se deja en media melena y se adorna con gusto. Se encajan luego, y realmente la palabra es encajar, en vestidos muy ajustados con corsé y guardainfante para ahuecar la falda. Para sus delicados piecitos visten zapatos bordados delicadamente, que resaltan la belleza de tan sensual zona...

Por lo que os he dicho, parece claro que el español y la española se complacen en adornarse por fuera todo lo posible. Mas no son tan amigos de la higiene más profunda y a consecuencia de esto no huele demasiado bien el español ni la española, por más que se aplique todo tipo de perfumes, que, para que engañarnos, lo único que hacen es mezclarse con el mal olor y crear un tufo más repugnante si cabe.



Del amor cortés, y del no tan cortés

Estoy seguro de que, como hombre despierto que sois, no os he sorprendido demasiado, pues ya habíais notado aquello que os he relatado. Hasta este punto de mi relato, he procurado indicar, sobre todo, aquello que cualquiera puede percibir sin más que pasearse por las calles de la Villa y Corte o de cualquier otra ciudad. Basta tener unos ojos bien abiertos y una nariz con sus funciones y la porquería, el olor y demás nos dan una clara idea de lo que acabo de describiros. Pero no es menos interesante lo que os relataré a continuación, que versa del comportamiento real de los habitantes. Y ya que acabamos de hablar de la buena presencia que mantiene todo el que puede, que mejor que hablar de la segunda razón para ello, pues como decimos, la primera es la distinción social; el amor de las damas a los caballeros.

Un amor que no debe confundirse, y a buen seguro usted no lo hará, con el casamiento. Pues las más de las veces los "martirmonios" son convenidos entre los progenitores, sin pedir demasiada opinión a las víctimas. El padre de la novia deberá aportar la correspondiente dote y esto significa que si la situación no lo permite, la joven pasará a engrosar el número de religiosas sin vocación alguna. Es evidente entonces que la mayoría de los matrimonios no gozan precisamente del amor y, dado que el amor debe fluir, el número de bastardos es realmente preocupante, acabando demasiadas veces en las puertas del convento. Y es que es muy habitual el mantenimiento de una manceba, de la que normalmente la mujer, esposa, no siente celos, pues no deja de considerarla un segundo plato. Dichas mancebas las hay que las llaman amesadas y es que sólo sirven para unos meses y no de por vida.